

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Caravija, 20.

MURCIA 6 DE DICIEMBRE DE 1898

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
(Fuera, 3 trimestre)

Núm. 218.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO
DEL
DR. LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes.

Consultorio Médico
Centro general de vacunaciones.

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde.

MURALLA DEL MAR, 88

VACUNAS
De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las enfermedades de los ganados.

SUEROS
Normal, anti difterico, anti tuberculoso, anti estreptococcico, polivalente y artificial de Cheron.

JUCOS ORGÁNICOS
para la aplicación del método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.

Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al **DOCTOR CÁNDIDO**
MURALLA DEL MAR, 88
CARTAGENA

DECLARACIONES DE WEYLER

Por el singular relieve que tiene en los actuales momentos en la política española, la personalidad del ilustre ex-capitán general de Cuba, reproducimos íntegramente á continuación, las declaraciones cuyo extracto adelantamos ayer por telégrafo.

«Heías aquí, tal como las publica, «El Liberal» llegado hoy á esta:

«Más que enojarme por su injusticia, me han extrañado por su inoportunidad, las afirmaciones que en «El Liberal» ha hecho el Sr. Silvea. No puedo comprender yo, no creo que pueda comprender nadie, que en el estado angustioso y crítico de la patria, sea prudente en quien aspira al poder sin más títulos que su deseo personal, tratar de excluir de la vida pública—invistiéndose con funciones que si fueran suyas constituirían una usurpación constitucional—á elementos que cuentan con mayor fuerza y prestigio en la opinión, que un partido que en lo que tiene de histórico y de fundamental, se disolvió, y en lo que puede tener de nuevo y futuro, aún no existe.»

«Ni tampoco me irrita, pero sí me extraña, que se diga por algún órgano aún más hidrófobo del poder que el propio Sr. Silvea, que yo debo tener incompatibilidades radicales con el partido liberal, y no las debo sentir respecto al partido conservador.»

«Después de todo, mayores y más hondas quejas puedo abrigar yo contra el partido conservador que contra el partido liberal. Fui capitán general de Cuba porque allí me envió el señor Cánovas del Castillo, obedeciendo á un movimiento nacional, á una imposición del país, que en mi veía al que podía acabar la guerra de Cuba, y de seguro la hubiera acabado.»

«De vivir el Sr. Cánovas del Castillo, para bien de España, él me hubiera mantenido en mi puesto y me hubiera recompensado, no por hacer la política suya—que jamás hice política de partido—sino por realizar en Cuba, con sus proyectos, los votos del país.»

«Murio aquel gran estadista, y es más que problemático el que su gobierno me hubiera sostenido, y es más que positivo que mis servicios no me fueron recompensados por los conservadores. Carecieron por eso de fuerza y cayeron.»

«Ahora bien; del partido liberal me

alejaba la cuestión de Cuba, y ya no existe. Al partido conservador circunstancialmente me unía la cuestión de Cuba y la persona del Sr. Cánovas. Al desaparecer ésta, y al abandonar sus sucesores el programa del jefe, aun en tal punto, ¿qué me puede quedar de común con tales hombres? Nada, ni siquiera el reconocimiento por parte de ellos, de los favores que les hice, en la obra de la pacificación.

«Porque la obra de la pacificación hubiera sido un hecho total en Cuba, como lo estaba ya siendo hasta el departamento Oriental. Acaso hubiera venido también el conflicto con los Estados Unidos; pero sobreviniendo al agotarse la insurrección, al extinguirse la lucha en la manigua, por ver la poderosa República que se le escapaba su presa. Yo no hubiera sido nunca un obstáculo á que se implantaran las reformas en Cuba, á que se les concedieran todo género de libertades, tantas como las existentes en España, á los habitantes de la gran Antilla. Terminada la guerra era posible llegar á la autonomía; pero á condición de que fuera una autonomía con españoles, no entregada á gentes sin prestigio en la insurrección y sin fuerza para sostener la bandera de España.»

«Llegado el conflicto con los Estados Unidos en tales circunstancias, otra hubiera sido nuestra suerte; primero, por contar con la base de un país en sumisión y adicto á España, y después, porque durante ese tiempo hubiéramos podido prepararnos, en mar y en tierra, contra los americanos.»

«Pero ese error no es únicamente imputable á los que gobiernan, sino á los que no tuvieron valor para imponer el programa del Sr. Cánovas, y aún caliente la lucha, hablaban de liquidación, es decir, de abandono de Cuba, dando con ello á la insurrección un aliento y una esperanza que ya no tenía medios de sostener, sino apoyándose en las debilidades de algunos políticos españoles, que ahora se ofrecen como salvadores.»

«Ni del Sr. Sagasta, ni de los liberales, me separan género alguno de incompatibilidades de conciencia y de diferencias de opinión, de esas que no se pueden salvar. Siempre estuve sin figurar nunca en partido determinado, más cerca de las soluciones liberales y

democráticas, que de las soluciones reaccionarias, que repudian mi historia, y mi significación, y mis servicios, y hasta mi posición en el ejército.

«La crisis de España en lo interior y en lo exterior es grave. Lo es aún más—dada la actitud de Inglaterra, que acaso quiera hacer de Estados Unidos en la Península, favoreciendo una contienda civil—en lo exterior que en lo interior, y para conjurar esa gravedad, para redimir á la patria de todos sus males, lo menos que se puede hacer es no aumentarlos. Deshaer á España, arrojarla á sabiendas á los peligros de su disolución, con gobiernos sin base en el espíritu público, sin que puedan satisfacer las aspiraciones legítimas del ejército, sería una temeridad y una insensatez.»

«Lejos de mi ánimo, como lejos de las resoluciones del Sr. Sagasta, alentar tenebrosas conjuraciones y complots, que sólo existen en la imaginación del que vé con ira escapárselo el poder. Lo que haya de suceder, sucederá á la luz del día, ante las Cortes, juzgando de la guerra y de la paz, formulando unos y otros lo que los dicte su alma y su sincero patriotismo. Hombres civiles hay, el uno separado del partido liberal, el otro separado del partido conservador—á éste me unen grandes vínculos de gratitud—que pudieran ser fuerzas de valla para la constitución de un Gobierno con voluntad para resolver los problemas del porvenir.»

«A ese Gobierno no le negaría yo mi concurso, recordando ante el país lo que en otros pueblos aconteciera cuando sus atroces calamidades reclamaron grandes núcleos nacionales en el poder. Y para eso es claro que tendría mayores facilidades de éxito el que contara, como el Sr. Sagasta, con mayoría en las Cortes, á pesar de sus desprendimientos. Que un grave dale con que acrecentar la crisis presente, constituiría la aventura peligrosa de hacer unas elecciones generales, con el enemigo dentro de la Península y con el enemigo fuera, dispuesto á cobrar el botín de nuestras discordias civiles.»

«Pensar así es obedecer á altos sentimientos de patriotismo en quien no aspira á nada; pero no rehuye ningún empeño de Gobierno, ni ninguna responsabilidad. Y es pobre y torpe cosa hablar de cruces ya ganadas, puestas como ofrenda en canastilla de boda, cuando los que tal dicen no han sentido siquiera remordimientos, gritos de la conciencia al abrazarse al enemigo, al enemigo implacable, aun abierta la fosa del ilustre Cánovas del Castillo.»

«La regeneración de la patria tiene que imponerse, desde arriba, y pasando en la patria, inspirándose en lo que quiere el pueblo y en lo que quiere el ejército, constituyendo un gobierno que sea suma de elementos y no expresión de una vanidad personal, sin fuerza y sin votos. Dar el poder á una disidencia, cuando es obligado reconstituir los partidos ya organizados solo puede caber en la cabeza del que habla de eliminaciones, como medio de recobrar la fuerza perdida ante el mundo con la desaparición de nuestro imperio colonial. Soldado de la patria soy, y mi mayor honor es que así lo estimen todos los partidos, porque es prueba de que en España, á excepción del Sr. Silvea, nadie cree que se puede gobernar con negociaciones.»

CRÓNICA PARISIENSE

La sociedad parisiense.—La Haverada.—El placer y el interés.—Modas.

Como quiera que todo lo que se relaciona con la vida íntima de la elegante sociedad parisiense tiene un gran interés para todos, no podemos resistir la tentación de traducir casi en extenso un lindo artículo de H. Bauer, que más bien parece un estudio psicológico que una crónica periodística.

Dice el espiritual escritor: Entre las varias atracciones de París, las agencias de viajes ofrecen á

los extranjeros la visita de los famosos hoteles nobiliarios y la admisión en ciertos salones del gran mundo parisiense.

Mediante algunos billetes de Banco depositados en la bandeja para los pobres (?) de la dueña de la casa, el pasajero adquiere su derecho de entrada.

De esa manera el rico americano que acaba de pisar el muelle del Havre ó el puerto de Burdeos, podía gritar, enseñando su repleta cartera: ¡París es mío, mías son las elegantes parisienses y los salones del gran mundo me pertenecen!

La historieta que no tiene nada de cierta pudiera ser verosímil y hasta podemos decir que contiene una verdad immanente y simbólica.

En efecto, si consideramos en todos sus grados lo que se llama el mundo parisiense; si estudiamos sus costumbres, sus respetos y sus relaciones; si examinamos los consejos que le inspiran, sus influencias y su espíritu, no tendremos gran trabajo en comprender que el oro es su dueño y señor.

El extranjero, algo listo; que quisiera ser una figura aquí, frecuentando la sociedad smart, no necesita las Agencias para crearse sus relaciones; bástale con anunciar su deseo en la cuarta plana de los periódicos.

Enseguida una de esas mujeres de mundo, fuera de moda: una de esas que viven Dios sabe como, se ofrecerá buenamente á presentar en los mejores salones al señor de ultramar.

Cuanto á lo demás, el extranjero no hallará dificultad ninguna.

No decimos esto para ennegrecer á la sociedad contemporánea, sino para presentarla tal cual es.

El dinero es hoy la llave dorada que abre todas las puertas.

Es muy cierto que el gran mundo guarda determinadas severidades: será riguroso con la mujer divorciada, excluirá sin piedad á la enamorada que se haya casado con un amante insolito y condenará los hombres capaces de contravenir por algún rasgo de carácter á la hipocresía corriente; pero todas las puertas serán francamente abiertas al millonario que paga, sea cual fuere la mina donde haya encontrado el filón de sus millones.

El placer y el interés son compañeros inseparables.

Considerando el aparato de una parisiense en casa del modisto y de la costurera comprendemos fácilmente tan fatal asociación.

La mujer de mundo, cuya fortuna es inactiva, mira con ojos tiernos y ávidos á cualquier extranjero cargado de millones, lo mismo que una pobre cilla vergonzante se alienta tímidamente á los tibios rayos del sol.

El caballero de mundo, lleno de blasonados escudos y vacío de cantantes y sonantos luisés, sigue con envidiosa mirada los cinco, diez ó veinte millones que se pasean por los aristócratas salones, aun cuando no vayan aprisionados en campo de gules y azul.

El antiguo *faubourg Saint-Germain*, la vieja nobleza parisiense, hallábase formada por una selección de nombres y de nacimientos, por una tradición de elegancia, que ligaban entre sí en la sociedad llamada noble, cierto número de personas privilegiadas, más bien semi-dioses que seres humanos.

Hoy no existen privilegiados aparentes ó, mejor dicho, ya no queda más que uno solo: el dinero.

Ante los dorados escudos dobléanse los nobiliarios blasones y el oro es hoy la única razón de Estado en este París que disfraza su autoerótica y falaz aristocracia con el democrático antifaz de una república nominal, cuyo valor efectivo es manes que nulo.

La religión del gran mundo parisiense compónese de una mezcla de intolerancia, de indiferencia, de fetichismo, de incredulidad, de ironía y de burla; todo ello espolvoreado con acre y cruel envidia, formando un salpicón inmundado, donde no hay ni amor, ni caridad, ni fe, ni piedad siquiera.

La convención de la moral ordena que se salven las apariencias por aquello de que «en las cosas de Estado la buena forma es el todo».

Esa misma moral parisiense permite la galantería prudente y tolera los vicios disimulados: cada cual conoce las relaciones de los galantes; designa los viciosos y murmura sus vergonzosas intrigas; pero no las encuentra punibles si el autor es millonario.

La moral de nuestro gran mundo, llamado modernista, es verdaderamente una de las más detestables formas de esa enfermedad, estado mórbido de mentira y de hipocresía que rebaja y mancha tanto la presente sociedad parisiense.

Y, con todo esto, el odio del rico al riquísimo es uno de los más graves vicios de raza, la envidia bajo su más grosera forma.

Nosotros, pobres obreros de la pluma, podemos concebir que los otros del azadón ó de la piqueta, cuyo trabajo es más rudo que abundante su salario, cedan á un sentimiento de animosidad contra los que varean la plata; pero, ¿qué desir de los desocupados, de los ricos inútiles que persiguen odiosamente á los más ricos, á los más elevados en fortuna?

Más de una vez he sentido asco al escuchar las groseras palabras de ciertas damas, calificando al rico donde han comido las vísperas y donde cenarán al siguiente:

Apenas si entre dos comidas han tenido tiempo de enjugar sus labios, para escupir la injuria sobre sus reyes y señores... ¡Perfidia y gran mundo!

El cinismo de los hombres, de los seres del mundo elegante nada tiene de digno.

Criticar al anfitrión, morder la honra de quien llena los bolsillos del pelagatos nobiliario, no es solamente un odio de raza, sino un odio de domésticos.

Durante la última decena la moda no nos ha ofrecido grandes novedades.

Como muy práctica señalaremos la chaqueta larga, hecha de paño fuerte, generalmente negro ó café con leche, cuyo delantero cerrado va guarnecido de un adorno en forma de volante que, partiendo del cuello, va ensanchándose poco á poco á medida que da la vuelta de la prenda.

Las faldas llevan en el talle, por detrás, una fila de botones que imita el cierre; pero esta moda durará poco tiempo.

Naturalmente que las pieles se usan mucho, ya legítimas, ya de imitación. Los cuellos siempre altos y siempre á lo Médico, que son los más smart.

Antonio Ambroa.
París 3 de Diciembre de 1898.

Sección religiosa

Mes de Diciembre

Mes consagrado á la Inmaculada Concepción de la Virgen

El toque de alba por la mañana á las cinco y media y el de oraciones por la tarde á las cinco.

Santos para mañana

San Ambrosio, arz. y dr. francés, 397.—San Agatón, mr. romano, 253.—Santos Siervo y Victoria, mrs. africanos, 134.—Santa Fara, ab. irlandesa, 456.—San Urbano, ob. y cf. italiano, 434.—San Martín, ab.—San Teodoro, mr.

Novenas de la Purísima

En Santa María.—En la misa de las ocho de la mañana se rezará el Santísimo Rosario y la Estación del Santísimo, terminando con el ejercicio de la novena.

En la Catedral.—Se rezará por la tarde á las cuatro y media en la capilla del trascoro.

En el Carmen.—Al toque de oraciones con S. D. M. manifiesto.

En San Juan.—Al toque de oraciones por la mañana á las ocho se celebrará misa durante la cual se rezará la corona de la Inmaculada, leyéndose á continuación la novena y terminando con un responso por quien se aplique cada día.

Los cultos de mañana se aplicarán por la intención de D. Tomás Atanza.

En la Merced.—Novena á las diez, á las diez y solemnemente por la noche al toque de oraciones, predicando en todas las clases el Sr. D. Antonio Valiente del Pozo, cura rector de Nuestra Señora del Rosario, de Zeneta.

Los cultos del novenario por las noches se aplicarán en sufragio de los soldados españoles fallecidos en la guerra

